

Inventario de ausencias¹

Absence Inventory



Imagen generada usando Meta AI

Darío Pacheco Ceballos¹

Con hastío, frente a la ventana, se sentó a ver pasar el tiempo. Tenía los ojos aún frescos de poco mirar y las rodillas integra de caminar liviano, cuando se sentó en una poltrona frente a la ventana, desde muy temprano en la mañana de la vida, a mirar pasar el tiempo por la calle estrecha de la Amargura...

Y vio cuando pasaron los niños, temprano en la mañana, afanosos y frescos camino a la escuela, y con el nacer de las sombras en la tarde los vio, despacio y cansados, de vuelta a las casas. Y también vio pasar todas las mañanas al orgulloso vecino llevando los mastines, jadeantes y babosos al parquecito de la esquina y, ya en la penumbra de la tarde, de regreso al hogar, al fatigado padre de lento andar. Pero la mayor parte del día se quedaba viendo pasar por el frente de su ventana al tiempo íngrimo y acaso a la brisa que arrastraba recuerdos perdidos, hojas muertas y papeles viejos, y deshilachando nubes blancas en la inmensidad del cielo.

Por la misma época cuando con el frío se fueron las últimas golondrinas, notó cómo las hojas del barbatusco del frente de la

Médico Internista, Neumólogo.
Miembro Honorario, Asociación
Colombiana de Medicina Interna
(ACMI). Miembro de número,
Asociación Colombiana de Neumología
y Cirugía de Tórax (Asonemocito)

¹ El texto de este cuento fue publicado por el autor en el libro “Un reguero de letras guardadas en un cajón: cuentos cortos”. ISBN: 978-958-49-0669-4. Se publica en la Revista Colombiana de Neumología con la autorización completa y manifiesta del autor bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

ventana palidecieron todas, y en poco tiempo se pusieron mustias. Al otro día se cayó una y después, una por una, se cayeron todas... Y no se dio cuenta en qué momento, seguramente cuando notó la ausencia del fatigado padre, todas al tiempo brotaron nuevas.

Mientras contemplaba el monótono paso del tiempo en el agobio de una de esas tardes silenciosas y melancólicas en que solo se siente su sutil presencia en el rítmico palpitar del corazón que, implacable, descuenta latidos a la cuenta regresiva que todos llevamos dentro, sintió algo extraño en su boca. Al escupir, notó que era un diente. Trató en vano de colocarlo en su sitio, así que decidió guardarlo en el bolsillo de la camisa para quién sabe qué cosa. Tenía los ojos cansados de tanto mirar el tiempo y la cabellera, escasa, color ceniza de vida quemada.

Por el hueco que dejó el diente caído se le salió un recuerdo y luego otro, y otro más y cada vez que abría la boca se le salían varios. Como tenía tantos recuerdos guardados y algunos tan parecidos, no lo notaba, o si lo notaba, quizá no le daba importancia. El problema era mayor cuando se quedaba dormido con la boca abierta pues se le salían a borbotones. Y lo que era peor, se le escapaban los escasos y preciosos recuerdos de sus sueños y de sus amores. Cierta día en que necesitó evocar un bello recuerdo de su vida, el recuerdo no apareció. El lugar de la mente en donde lo había guardado muchos, pero muchos años antes, estaba vacío. Lo buscó en todos los sitios posibles: en cada recoveco de las circunvoluciones del cerebro, en el putamen, dentro del cuarto ventrículo y hasta debajo de la silla turca, pero no lo encontró. Lo buscó con esmero en la fosa posterior y también en el hipotálamo, y hasta lo buscó en la aurícula izquierda para ver si no andaba refundido entre las cosas inútiles que guardan los caprichos del alma... Pero tan solo encontró las ausencias del olvido.

Ese día se percató que había muchos lugares vacíos en los anaqueles de su mente y que sus recuerdos no eran otra cosa que un inventario de ausencias. Preocupado, se quedó pensando qué había sido de sus recuerdos, hasta una mañana en que con la punta de la lengua se topó otro recuerdo a punto de salirse por el hueco del diente y lo atajó como pudo. Para evitar que también se le perdiera para siempre, se lo tragó entero

con la esperanza de que se acomodara de nuevo en el sitio que le correspondía en los archivos de la mente. Desde entonces optó por no abrir la boca a no ser en los casos estrictamente necesarios como comer, emitir algún monosílabo o bostezar de tedio, porque ya era imposible reponer tantos recuerdos perdidos con los escasos frescos.

Trató entonces de recopilar todos los recuerdos posibles. Comenzó por el más viejo del que tenía conciencia y, así, uno por uno, los fue juntando. Para evitar que se le olvidaran, los repetía a cada momento hasta fastidiar a todos. Con el tiempo tan solo atinó, pese a estrujar la memoria, a evocar recuerdos aislados, o peor aún, recuerdos fragmentados como piezas sueltas de un enorme rompecabezas sin modelo para armar, por lo que no tuvo más remedio que dedicarse a remendarlos. Inicialmente logró hilvanar algunos con lógica secuencia, pero cuando se le agotó la lógica para estructurar recuerdos, los juntó de cualquier forma en un enredo de pensamientos que les causaba risa a los niños traviesos que, de paso para las casas, le preguntaban con sorna alguna tontería con la esperanza de escuchar como respuesta un disparate que les causara risa.

Para cuando le adaptaron una caja de dientes parejitos, blanca y lustrosa, como hecha de yuca tierna, el problema era crítico. Ya en su cabeza no quedaba otra cosa que los frágiles cabellos y el prurito de la caspa. Había perdido la mayoría de los recuerdos, la totalidad de las fechas y tenía una confusión completa con los nombres de las personas, pero eso ya no le angustiaba, pues para ese entonces, además de la vergüenza, había perdido también el recuerdo de recordar.

Con la ausencia de recuerdos se le acabó el pasado y se quedó sin futuro. Vivía entonces en un eterno presente efímero sumido en las insondables profundidades de la desmemoria, y no se sabía si vivía de ficciones alucinadas o de delirios melancólicos. Quizá por ello conversaba con fantasmas invisibles y con errabundas animas en pena, que en el sin tiempo de la eternidad pasaban frente a su ventana y lo reconocían como si estuviera enmarcado en el olvido. Tenía entumidas las piernas, el cerebro enjuto y seco como una pepa de durazno y le temblaba la mano izquierda. Aún así, seguían sentándolo todos los días

en su poltrona frente a la ventana, más por costumbre que por necesidad, porque, de tanto mirar el tiempo, también se le habían gastado los ojos.

Una tarde, casi noche, cuando lo iban a acostar, lo encontraron con la boca abierta y atragantado con el último recuerdo que le quedaba: un vago recuerdo de haberlo sido...

Afuera aullaba un perro por el eco de pasos arrastrados por la brisa. La misma brisa que acumulaba jirones púrpuras en la rendija de cielo que quedaba sobre las montañas negras de la Santa Cruz.

Frente a su ventana no había nada. Al fondo, en el recodo de la estrecha callejuela de los cavalongos, se marchaba sin despedirse presuroso el tiempo.